



ARIANE DIAZ

NUEVOS ARGUMENTOS PARA VIEJOS REFORMISMOS

La lectura autonomista del legado de Lenin

Después de 30 años sin revolución y 15 años de continuo pasaje de toda una camada de intelectuales otrora “de izquierda” al liberalismo tras la caída del Muro, se ha querido convertir en “sentido común” la idea de que toda revolución terminará indefectiblemente en la instauración de alguna forma de totalitarismo. El autonomismo actual, en sus muchas variantes, hace pie en este pretendido sentido común y busca profundizarlo: es blandiendo esa sombra amenazante que abordan los problemas que se presentan a quienes buscan hoy una alternativa al capitalismo. En sus distintos planteos de “comunismo aquí y ahora” o de “cambiar el mundo sin tomar el poder” lo que se evita, o simplemente se rechaza, es una discusión más o menos seria sobre los problemas con que se toparán las masas puestas en movimiento si quieren efectivamente terminar con la explotación capitalista, es decir, los problemas de la revolución que tal objetivo impone.

Para liberarse definitivamente de tales problemas, era necesario definir ciertos enemigos “empecinados” no sólo en hablarnos de ella sino en llevarla a cabo. Los blancos de ataque preferidos serán, aun para muchos que se reivindicán marxistas, la tradición leninista y con especial encono, la idea de partido revolucionario. Así, criticando “viejas ortodoxias”, atribuyendo todo tipo de pecados de “estadolatría” a la izquierda marxista por buscar destruir un Estado (burgués) para imponer otro (obrero) que sería igual de opresivo, se evitan los “molestos” problemas que supone una revolución, a cambio de “grandes expectativas” en un futuro incierto que culmina en módicas propuestas de reformas para el presente.

Con los cambios recientes en el terreno internacional (la resistencia a la imperialista guerra de Irak, los distintos levantamientos que destituyeron varios de los gobiernos neoliberales latinoamericanos instaurados en los ‘90, y en este año los conflictos en el

corazón del imperialismo mundial, el “marzo francés” anti CPE y las inéditas manifestaciones de inmigrantes en EE.UU.) no es que las propuestas políticas de los autonomistas debieron modificarse mucho, tan módicas eran ellas (aunque sí se requieran algunas volteretas teóricas que no siempre se dignan dar). Lo que quizá es un cambio es el “asombroso” empalme que encuentran con los reciclajes de distintas burguesías nacionales (aquellas que al menos en el discurso han tenido que aceptar que ya no estamos en los ‘90) y la aceptación e incluso entusiasta apoyo a sus políticas (¡las políticas “de Estado” de una clase que hace más de dos siglos “ha tomado el poder”!). Así, su anti-neoliberalismo y la furibunda crítica a aquellos supuestos “trasnochados” que hacen eje en la toma del poder se muestra cada vez más claramente como simple defensa de los Estados burgueses “realmente existentes”.

En otros artículos hemos discutido distintos aspectos de la estrategia de los autonomistas actuales. Nos centraremos aquí en las críticas a la idea de “partido revolucionario” en que acuerdan buena parte de las distintas versiones autonomistas, y que encontramos teóricamente justificadas particularmente en Holloway y demás ex-teóricos de la “luchas de clases” (como se hicieron conocidos a principios de los ‘80, hoy reunidos en lo que algunos llaman el “marxismo abierto”)¹, que pomposamente vienen a descubrirnos un marxismo... sin revolución.

UN “DESCUBRIMIENTO” CON OLOR A NAFTALINA

Las críticas autonomistas hacen uso de un presupuesto teórico según el cual “lo social” debe subsumir “lo político”, so pena de “dualismos antimarxistas” reproductores de la lógica liberal del capital. Dice Holloway:

“la dominación capitalista implica la separación entre el estado y el proceso de explotación, entre lo político y lo económico [...] Las formas capitalistas de organización no son nunca neutrales: siempre participan en el proceso de separar, que es el capital. El capital invita constantemente a los que se oponen a él a meterse en su terreno de organización. [...] La existencia de la política capitalista es una invitación para hacer nuestra lucha simétrica a la lucha del capital. [...] Pero una vez que aceptamos la invitación, hemos perdido la lucha antes de empezar. Las formas capitalistas no son neutrales. Son formas fetichizadas y fetichizantes: formas que niegan nuestro hacer, formas que tratan a las relaciones sociales como cosas, formas que imponen estructuras jerárquicas, formas que hacen imposible expresar nuestro simple rechazo, nuestro NO al capitalismo”².

Esta forma de “fetichización” sería acarreada por la forma “partido revolucionario” y su “lógica de la representación” de unas masas a las que apela pero a las que en el fondo considera inmaduras o ignorantes, siendo por tanto una forma tan autoritaria como el modelo de representación burgués. La demostración de que esta forma llevaría irremediablemente a la degeneración y traición de la voluntad de las masas la encuentran en el recorrido stalinista, atribuyendo al leninismo los gérmenes que el stalinismo habría llevado hasta el final. El mejor ejemplo de esta lógica estaría

¹ Para una crítica a los conceptos centrales de la estrategia autonomista ver Christian Castillo, *Estado, poder & comunismo*, Bs. As., Imago Mundi, 2003. El autonomismo de Negri excede el horizonte teórico de estos autores llegando hasta Spinoza y criticando a la modernidad de conjunto, incluido Marx. En este tipo de argumentos respecto al Estado obrero y el partido, sin embargo, acuerdan todos.

² Holloway, “La lucha de clases es asimétrica”, *Revista Chiapas* N° 12, México, 2001.

en *¿Qué hacer?* de Lenin. Este trabajo desde su publicación ha sido eje de discusiones, enconos, relecturas y defensas variadas. Sin embargo, las críticas de los autonomistas no se dirigen a aquello que pueda haber quedado desactualizado en discusiones propias de luchas pasadas o se haya enriquecido con la experiencia de nuevas luchas, sino por el contrario, a todo aquello que mantiene de actualidad.

Bonefeld y Tischler, compiladores de *A 100 años del ¿Qué hacer? Leninismo, crítica marxista y la cuestión de la revolución hoy*³ (una buena muestra de este tipo de lecturas), intentan resumir los puntos en común de los trabajos reunidos allí, lamentando que la idea de revolución sea identificada con la “ortodoxia marxista” del leninismo y del trotskismo, sombras de las que “hay que desembarazarse”:

“Hay que olvidarse de la idea del partido revolucionario como la forma de organización de la revolución. Dicha forma contradice el contenido de la revolución, y por tanto, de la emancipación humana porque sólo las propias masas dependientes pueden lograr su emancipación. La noción de la forma de Estado como un instrumento de la revolución tiene que desaparecer. La idea de la toma del poder a favor de las masas dependientes debe ponerse en evidencia tal cual es: la negación de la autonomía social como fuerza productiva de la revolución”⁴.

Tischler, seguidor de Holloway y entusiasta zapatista, considera que la tradición marxista canónica contiene dos interpretaciones reificantes. Por un lado la economicista, donde existe “una transformación del pensamiento de Marx en una teoría del capital como objeto. Del concepto dialéctico de relación social (el capital como relación social, como lucha de clases) se pasa al concepto positivista de ley que subordina al sujeto”. Por otro lado estaría la interpretación inversa, iniciada por Lenin, que registraría una hipertrofia de la política: las tesis de *¿Qué hacer?* tendrían “la idea básica de que dentro del capital es imposible que se produzca una conciencia de clase [...] Quiere decir entonces que la conciencia revolucionaria (conciencia de clase) se produce *fuera del capital* [...] Por lo tanto, son los intelectuales los llamados a comprender el verdadero sentido de la lucha de clases”⁵.

En el terreno de la organización, esta forma de reificación de lo político estaría dada en la noción de “representación” política que supone el partido, que se opondría a la “autonomía de lo social”, a la autodeterminación de las masas en el proceso de la lucha de clases en la que vive y de la que aprende. El partido leninista sería el mejor modelo de esta reificación y división entre lo social y lo político. La demostración sería la famosa tesis de *¿Qué hacer?* sobre la conciencia socialista que es aportada “desde afuera”, de la cual se irán derivando en cada uno de estos críticos distintas acusaciones: como modelos políticos, el leninismo sería una forma de blanquismo, de jacobinismo o de populismo; como

³ Bs. As., Herramienta, 2003. Las posiciones reunidas en este libro no son unánimes en todos los aspectos, reivindicando o criticando distintas tradiciones y corrientes políticas. Por ejemplo, en la lectura que hacen de la II^o Internacional, para algunos tal tradición abarca a Bernstein, Kautsky y Plejanov de los que Lenin habría sacado sus erróneas conclusiones respecto al partido, para otros la II^o Internacional debe ser diferenciada de Plejanov de quien Lenin habría sacado su “populismo” partidario. A ellos se suman una serie de autores defensores de tradiciones anarcosindicalistas. El punto común es, de todas formas, tener en Lenin un blanco de ataque.

⁴ Bonefeld y Tischler, “Prólogo” a *A 100 años...*, op. cit., p. 18.

⁵ Tischler, “La crisis del sujeto leninista y la circunstancia zapatista”, *A 100 años...*, op. cit., pp. 240/242, subrayado del autor.

matriz teórica, un iluminismo burgués o pequeñoburgués desconfiado de las masas, cuyo enemigo es la espontaneidad de las mismas⁶.

Bonefeld, quien mejor representa en el libro esta derivación directa entre “representación o dirección” y autoritarismo, ve encarnada esta lógica de *¿Qué hacer?* también en la definición leninista de “tribuno del pueblo” para el militante revolucionario, y saca de aquí una serie de consecuencias:

“Como tal tribuno, el partido se concibe como un comité de revolucionarios profesionales que dirigen a las masas. Así, se ve necesariamente a la democracia y a la organización revolucionaria como mutuamente excluyentes: dado que se supone que las masas son incapaces de determinarse a sí mismas, la democracia sólo minaría los esfuerzos revolucionarios del partido, sometiéndolos a exigencias ‘económicas’ que castrarían el papel dirigente del partido revolucionario. Dado que se considera que los trabajadores son incapaces de tener conciencia revolucionaria, el partido, por medio de su dictadura sobre la clase obrera, es el encargado de educar a las masas en la disciplina y el espíritu revolucionarios de manera tal que se transformen en clase para sí [...] la idea del partido como la vanguardia que dirige y educa a las masas para el comunismo niega que el hecho de que el comunismo es el movimiento de la clase trabajadora. La suposición leninista de la inmadurez de la clase trabajadora, en lugar de justificar la idea de partido ‘revolucionario’ justifica en cambio la existencia del partido como fin en sí mismo”⁷.

Trotsky en su conocida frase “la crisis de la humanidad es la crisis de dirección revolucionaria” estaría expresando para estos autores la misma lógica: “Sin considerar el hecho de que Trotsky hubiera sido mejor líder que Stalin, el concentrarse en el liderazgo refleja la idea del líder de negocios del capitalismo del *laissez-faire* y la traspasa al Estado proletario”⁸. Las consecuencias de tales concepciones habrían sido un camino sin escalas al stalinismo del que el trotskismo no podría haber sido alternativa: “En el leninismo los medios se vuelven contra el fin. En lugar de la autodeterminación, la educación del proletariado por la dictadura del ‘partido proletario’ condujo a la industrialización forzosa que, bajo el stalinismo, constituyó nada menos que una versión de la ‘acumulación primitiva’”⁹.

Bonefeld hace un dudoso reconocimiento a Lenin quien “sin hipocresías, reconoce las condiciones mismas que obstaculizan la autodeterminación humana”. Por ello es fácil de criticar, nos dice, pero difícil contraponerle una opción. No es que a continuación dé alguna (de hecho, en todo el libro no se da mejor opción que la de Holloway de cerrar los ojos y hacer de cuenta que el Capital ya no existe),

⁶ Brendel aduce que en la circunstancia rusa, lo máximo a lo que podían llegar los bolcheviques era a ser ala jacobina de una burguesía inexistente (pp. 31/32); Behrens reafirma que el bolchevismo es la “dirección dictatorial de la intelectualidad jacobina” (p. 66); Clarke identifica cuatro elementos “populistas” en Lenin, uno de ellos, el lugar exclusivo dado a los intelectuales (p. 104) y Caffentzis “defiende” a Lenin objetando al pasar que está “contaminado por el elitismo y la sospecha hacia los procedimientos democráticos que han sido señalados hasta el hartazgo” (p. 234). Todas las páginas de *A 100 años...*, op. cit.

⁷ Bonefeld, “Estado, revolución y autodeterminación”, *A 100 años...*, op. cit., pp. 189/190, según redacción original.

⁸ Íbidem, p. 201. Otra variante para la cual toda dirección significa dominación del representado es la de Michel Albert, para quien tal lógica ha llegado a cristalizarse en una “tercera clase primaria” dentro del capitalismo, la clase “coordinadora”, variante de la cual serían Lenin y Trotsky. Ver el debate Albert- Callinco en *Panorama Internacional*, www.ft.org.ar.

⁹ Íbidem, p. 199.

sino para decir que el esquema leninista lo soluciona reproduciendo esos condicionantes entre los revolucionarios, “pervirtiendo” sus fines¹⁰.

En realidad, ninguna de estas disquisiciones es del todo original. El eje puesto en “lo social” contra “lo político” (y por tanto contra la necesidad de un partido) junto con la apelación a la espontaneidad y la lucha “en lo cotidiano”, ya fueron argumentos utilizados antes. En los convulsivos inicios del siglo XX, el surgimiento en Rusia del movimiento obrero como protagonista creciente de las luchas sociales fue acompañado por una corriente sindicalista, influenciada por el revisionismo bernsteiniano, que pretendía circunscribirse al terreno de la lucha económica en los sindicatos u organizaciones obreras que comenzaban a crecer, pero eludiendo la lucha política contra el zarismo. Fueron los llamados economicistas rusos contra quienes Lenin, en sus distintas variantes, discutiría en *¿Qué hacer?* y otros trabajos. En sus versiones más tajantes, sus planteos eran contrarios a lo propuesto por Lenin en el debate sobre la organización de un partido revolucionario por apuntar a algo que no concerniría al movimiento obrero, que en su desarrollo espontáneo habría demostrado que lo propio era luchar por mejores condiciones laborales, y sería en ese terreno donde la socialdemocracia encontraría el ámbito donde construirse empalmando con esas tendencias (retomaremos este debate luego). Avanzado el siglo, ya con la experiencia del stalinismo y su política de convivencia con el imperialismo, el operaísmo italiano surgió, a fines de los ‘60 y principios de los ‘70 acompañando las revueltas de los obreros del sur italiano incorporados a las grandes fábricas del norte como mano de obra barata y débilmente integrados a los sindicatos y partidos que actuaban en el movimiento obrero, como el PC. Desde 1962 va a ser este sector el protagonista de importantes luchas con la característica de oponerse a las direcciones burocratizadas de los partidos y los sindicatos, organizándose en comités y asambleas de fábrica. De allí el operaísmo (aunque fue dividiéndose en distintas corrientes a lo largo de la década con distintas inflexiones en sus conceptos) derivó como suficiente que la organización de la clase debía pasar por esas organizaciones de base surgidas “espontáneamente”, retomando a otras corrientes consejistas previas. Desarrolló también concepciones según las cuales la lucha de clases se expresaba en el proceso de trabajo cotidiano en la fábrica misma, pero con una perspectiva distinta al sindicalismo economicista y opuesta a la moderada política de la izquierda “tradicional”: la política debía centrarse en la fábrica ya que era la lucha de clases surgida en ese ámbito el elemento primigenio a la que se veía obligado a responder el capital reestructurando el proceso de trabajo mismo, y de allí la importancia de analizar en las formas de trabajo la subjetividad obrera. De allí que las derivaciones políticas, a diferencia del sindicalismo tradicional, fueran más bien ultraizquierdistas. El enfrentamiento con el Estado, representado como el capataz general del proceso productivo (el Estado-plan), estaba ya subsumida en la “lucha sindical”¹¹. Dado que todo era ya “lucha política”, un partido revolucionario era innecesario. Aunque también basadas en una visión simplista de las posibilidades de desarrollo de esa espontaneidad y prescindentes de la lucha entre estrategias y la necesidad del partido revolucionario (sin lo cual los consejos pueden adoptar políticas conciliadoras, como de hecho ocurrió en Rusia en febrero de 1917), sin duda fue una corriente que expresaba tendencias reales del movimiento obrero frente a las cabriolas teóricas de los autonomistas actuales cuya lógica,

¹⁰ *Ibidem*, p. 202.

¹¹ De esta corriente surge Negri aunque haya ido modificando sus posiciones sobre todo alrededor de la centralidad de la fábrica, aunque en sus visiones actuales se sigue percibiendo esta base conceptual para tratar lo social y lo político.

llevada hasta el final, ni siquiera debería reconocer a los consejos ya que son en definitiva formas de “representación”.

Si los economicistas rusos de principio de siglo fueron con sus planteos finalmente tributarios de los marxistas legales, quienes empezaron criticando con fraseología marxista al zarismo en sus aspectos más bárbaros en pos de una ideología liberal clásica, hasta abandonarlo abiertamente ni bien la oposición obrera mostraba buscar más que contentarse con esos marcos, los autonomistas actuales, también con cierta fraseología marxista, están dispuestos a criticar los aspectos más bárbaros del neoliberalismo, festejar el surgimiento del movimiento antiglobal, pero encuentran su límite político e ideológico liberal cuando de lo que se trata es de discutir la revolución.

Profesores universitarios más que militantes políticos de cualquier tipo, incluso en su ascenso a la par del difuso movimiento anticapitalista tras la caída del neoliberalismo, los autonomistas actuales con sus premoniciones permanente de fracasos garantizados son hijos de la derrota que éste impuso más que de las posibilidades abiertas de un nuevo ascenso, aun cuando por momentos jueguen a inscribirse en alguna de estas tradiciones previas. De los detractores de la política previos conservan lo peor: de los economicistas el evitar el enfrentamiento con el Estado, mientras ni siquiera se proponen organizar la clase para sus luchas reivindicativas; de los operaístas no toman su radicalidad sino el subjetivismo simplista según el cual la conciencia socialista ya está dada espontáneamente y nada hay que hacer en ese terreno. Sus críticas a los partidos ya no responden a la necesaria lucha contra los partidos comunistas burocratizados que dirigían a sectores de masas, desprestigiados ya con la caída del muro. Más bien empalman con la demonización de la política revolucionaria derrochada en años de escepticismo posmoderno. Las “lecciones” que deberían evitarnos recaer en la debacle stalinista, basadas en la supuesta “construcción del comunismo en el terreno social cotidiano” y fuera de lo político, más bien utilizan el peso de esta derrota no para decirnos cómo evitarlo, sino para decretar la imposibilidad de construir otro camino. Como coro que acompaña el cinismo posmoderno aun en proceso de resquebrajamiento, se congratulan de que de los intentos previos y de la estrategia leninista sólo haya quedado la pregunta, ¿qué hacer?, mientras vociferan: “de respuestas no sabemos nada, pero por las dudas, ni se les ocurra hacer algo”. Su “festejo” de la espontaneidad no parece responder a la aspiración de superar los peligros de burocratización, a la manera del espontaneísmo de una Luxemburgo, por ejemplo, sino una excusa para poder quedarse tranquilos en sus cátedras universitarias y evitarse los problemas que supone buscar fusionarse con el movimiento obrero. El recorrido del leninismo que trazan es así un fanteoche con que evitar la acción de las masas más que una crítica de la propia experiencia a superar. Su novedad quizá consiste en la poca justificación histórica o conceptual y el eclecticismo del que hacen gala.

Por ejemplo, en una definición que les es central, la de fetichismo, sólo formalmente se sigue a la de Marx al mencionar el tratamiento de las relaciones sociales como cosas. En una definición tan amplia, el tratamiento como “cosa” dado a las mujeres desde antes del capitalismo, por ejemplo, podría denominarse fetichismo. Pero Marx estaba hablando específicamente del fetichismo de la mercancía, relacionado con la forma específica de las relaciones de producción capitalistas establecidas a través del mercado. Supone por tanto relaciones de clase históricas que en el uso dado por ejemplo en un Holloway, se evaporan tanto como en el resto de las categorías de “Estado”, “poder” y “poder hacer”. En la mayoría de los autonomistas, el fetichismo de la mercancía tratado por Marx aparentemente se usa porque “queda bien” como credencial “marxista”: en cuanto a la rigurosidad teórica, o bien no se explica o se lo define bien en un principio para rápidamente

homologarlo a una especie de “ideología falsa” con que la burguesía engañaría a las masas, convirtiéndolo en una “creencia” subjetiva¹² extensible a todos los terrenos y utilizable para adjetivar cualquier concepto que quiera desestimarse. Así como somos engañados por el fetichismo de la mercancía nos engañamos respecto al Estado obrero y respecto al partido revolucionario, todas formas de “reificación”. El Estado será también una categoría importante y no por ello mejor tratada. Autonomistas como Holloway proponen “ignorar” el Estado burgués mientras otros reconocen al pasar que es necesario enfrentarlo, aunque no se nos dice cómo. En ambos casos, pequeño detalle si, según la definición marxista, el Estado no es sólo una “idea fetichizada” sino el destacamento encargado de administrar los negocios burgueses, apoyado en el monopolio de la fuerza. De definiciones tan livianas es que pueden derivar que tales “ilusiones” puedan eliminarse con un mero acto de voluntad, una vez iluminados por las sabias disquisiciones de alguno de estos autores con sus burdas lecciones de una dialéctica según la cual “todo tiene que ver con todo”. Por lo demás, las citas de Marx, Lenin, Trotsky, Luxemburgo, están todas sacadas del contexto de sus propias elaboraciones y de las circunstancias históricas en las que se dieron. Con el mismo procedimiento podrían recortarse citas que “demuestren” todo lo contrario si uno utilizara su propio método: los juegos de palabras.

En lo histórico tampoco les va mejor. Más allá del dudoso aporte bibliográfico, cuesta mucho entender por qué, si el stalinismo debe tanto al leninismo y al trotskismo, debió desfigurarse de tal manera el legado leninista para construir en su nombre un fantoche que justificara su propia política, y por qué emprendió en su momento un ataque sistemático contra el trotskismo no simplemente con polémicas sino con juicios, deportaciones, reclusiones en campos de concentración y asesinatos en masa.

Para estos autores, lo ocurrido sería que Trotsky “tuvo un poco de su propia medicina” en su lucha personal con Stalin, en la cual fue derrotado. Pero tal explicación recae en aquello que critican: de un golpe toda la historia de la revolución rusa y de los procesos revolucionarios que se extendieron a Europa, los duros años de avances y retrocesos de las luchas que dieron las masas y miles de militantes revolucionarios, sólo después de las cuales Stalin logró hacerse con el poder de la URSS, del partido bolchevique y de la Internacional, son borradas de un plumazo por el enfrentamiento entre dos líderes igualmente deseosos de poder, al modo de la historiografía liberal que ve la historia maquiavélicamente representada en algunas personalidades sobresalientes por fuera de las bases sociales e intereses de clase. ¿Por qué habrían los heroicos obreros y masas soviéticas, aquellas que lograron la primera revolución triunfante, permitir que sus aspiraciones fueran utilizadas y desgastadas en una enconada lucha caudillesca? ¿Cómo pudieron tan impresionantes fuerzas sociales puestas en movimiento, no sólo en la URSS sino luego en varios países centrales (donde no puede apelarse al “atraso”), dejarse doblegar de tal manera? ¿Puede denominarse de otra forma que no sea lesa cinismo tratar con tanta liviandad la lucha de los miles de trotskistas que en los campos de concentración stalinistas, en el

¹² Recordemos que la definición de fetichismo de Marx no era precisamente la definición de una “mentira”: “los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores. A éstos, por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les ponen de manifiesto como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas” (*El capital*, Tomo I, México, Siglo XXI, 1988).

exilio, en medio del terror de los juicios de Moscú y en las trincheras más avanzadas de enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución (¡China, Alemania, España!) dieron su vida para impedir y derrotar el curso stalinista?

Un balance del stalinismo excede el objetivo de esta nota¹³. Sólo diremos que una explicación que no combine los intereses sociales puestos en juego y la expresión de ellos en distintas estrategias políticas nunca podrá dar cuenta de lo sucedido ni de las ideas leninistas sobre partido machacando y amoldando la historia a un fantoche desde el cual es fácil sentenciar que toda la experiencia de la revolución debe tirarse a la basura. Trotsky fue quien justamente buscó una explicación y una política que no se redujeran ni a un mecanicismo económico ni al mero enfrentamiento de personalidades sobresalientes. Para los marxistas revolucionarios, tal experiencia enseña que en la lucha por el socialismo, una dirección revolucionaria es necesaria no sólo para organizar a la clase y dirigirla a la toma del poder, sino para posteriormente establecer en la transición el tipo de Estado que permita alcanzar ese objetivo, ya que los problemas de la revolución no se acaban con la toma del poder en un determinado país. Para los autonomistas, tal experiencia demostraría que nunca debió siquiera intentarse tal desafío al capital, destinada al fracaso desde un principio bajo el influjo de una inédita fuerza otorgada a la “idea” de partido leninista (una fuerza tan omnipotente que ningún leninista hubiérase atrevido a darle, salvo, claro, los “leninistas a la Stalin”). Cualquiera de las explicaciones que eclécticamente utilizan según convenga estos autores, convierten al stalinismo en algo no ya históricamente “necesario” dadas tales o cuales relaciones de fuerzas, sino inevitable¹⁴.

Pero vayamos al “pecado original” leninista que es tema de esta nota: sus ideas en cuanto al partido revolucionario.

ORTODOXIAS Y HETERODOXIAS

Despejando las citas extrapoladas y el escaso sustento histórico, el único concepto teórico de estos autores que les sirve de base para criticar a Lenin es la separación “propiamente burguesa” establecida entre lo social y lo político que subyacería en el modelo de partido leninista.

Veamos en primer lugar qué decía *¿Qué hacer?* Para cuando Lenin escribiera este trabajo, existía para los marxistas un modelo de organización asentado y de hecho el principal, el de la socialdemocracia alemana, partido rector de la II^o Internacional. La concepción que manejaban algunos de sus principales dirigentes era que la relación entre clase y partido era continua y evolutiva. El partido, como

¹³ Recientemente hemos publicado en *Estrategia Internacional* N^o 22, noviembre de 2005, un artículo de Claudia Cinatti al respecto, titulado “La actualidad del análisis de Trotsky frente a las nuevas (y viejas) controversias sobre la transición al socialismo”.

¹⁴ Una explicación similar sería necesaria para dar cuenta de la monumental claudicación de la socialdemocracia alemana, donde las bases sociales y las estrategias de los dirigentes estarían combinadas. El debate entre Lenin y Luxemburgo era no sólo una discusión “organizativa” sino que incluía aspectos entrevistados de estos elementos, que dramáticamente se aclararían con la actitud adoptada frente a la Guerra. Pero estos autores, que tanto gustan de citar a Luxemburgo para criticar el modelo leninista, no analizan ni sacan lecciones de este proceso, aun cuando se pretende reivindicar un “ala izquierda” de la socialdemocracia alemana (que no se sabe por qué habría fracasado) y en algunos casos como en Clarke, llegan incluso a comparaciones con el “modelo alemán” donde el monstruoso “aparato representativo” de la socialdemocracia alemana queda positivamente caracterizado frente a la tradición “plejanovista-leninista” por supuestamente no establecer la primacía de los dirigentes sobre las bases obreras (op. cit., p. 104).

en su momento los sindicatos, emergía como producto del desarrollo gradual del proceso histórico por el cual la clase obrera avanza en la conciencia de su situación de clase explotada dentro de la sociedad capitalista y de su destino de actuar como clase emancipadora, hasta constituirse en partido político como máxima expresión de este desarrollo “orgánico”. Tal visión no sonaba tan extraña observando la formación del partido alemán, que crecientemente formaba sindicatos, cooperativas, clubes, y aumentaba en representantes parlamentarios. El partido era una institución dada en la lucha contra el Capital que debía organizar y representar en el terreno político los intereses de la clase. El problema central para la construcción partidaria era entonces organizar a las masas desorganizadas¹⁵.

Pero en este terreno justamente es que surge una “innovación”¹⁶ leninista, señalando un aspecto que hasta los inicios del siglo XX estaba insuficientemente desarrollado, aunque Lenin no considerara aún que sus planteos significaran una ruptura con Kautsky, al que estaba tomando como referencia, sino una adaptación de ese modelo a las condiciones rusas: allí donde regía el zarismo, era necesario un grupo de revolucionarios profesionales y una organización centralizada que “reúna en un solo impulso común todas las manifestaciones de oposición política, de protesta y de indignación”¹⁷. Sin embargo, a lo largo de las discusiones de *¿Qué hacer?*, lo que va apareciendo es una noción de continuidad no mecánica entre la clase y el partido revolucionario, que no sólo organizara a la clase sino que, como su destacamento de vanguardia, delimitara una estrategia revolucionaria de las estrategias oportunistas que asomaban dentro de la propia socialdemocracia rusa.

Para Lenin, el enfrentamiento de las masas al capital en la lucha de clases es discontinuo y produce distintos niveles de conciencia respecto al conjunto de las condiciones sociales y políticas del capitalismo. Avanza muchas veces en cuestionar aspectos del conjunto del sistema que mantiene sus condiciones de vida explotada (por ejemplo, identificando a un determinado gobierno como cómplice y aval de la burguesía cuando sanciona leyes pro-patronales), pero en muchas otras no logra superar cierto límite y es reencauzada en los mecanismos burgueses (por ejemplo, cuando identifica el problema en cambiar al gobierno y no que el conjunto del sistema estatal está para garantizar los intereses burgueses). A veces lleva la cabecera, por sentirse más seguro, un sector más acomodado de la clase, a veces, por el contrario, funciona como sector conservador. Todo sería más fácil si la clase fuera totalmente homogénea en sus condiciones objetivas y pudiera de conjunto un día vislumbrar la totalidad de los mecanismos que la mantiene como clase explotada y decir ¡Ya basta! Al capital no le quedaría otra opción que abandonar la lucha. Pero la lucha de clases de la que tanto gustan hablar estos autores dista de ser tan simple.

¹⁵ En “La lucha de clases”, comentario sobre el Programa de Erfurt, Kautsky hará hincapié en el desarrollo del partido a partir del aumento en número, educación y peso social de la clase obrera en el desarrollo de la sociedad capitalista desde el artesanado al movimiento obrero moderno. Es a partir de esa fuerza ganada que éste irá organizándose en partido y ganando para su política al resto de los sectores sociales. El proceso parecía no presentar contradicciones ni corrientes internas opuestas, sino desarrollarse naturalmente por la fuerza de la estructura de producción capitalista como partido obrero enfrentado al partido del Capital (con algunos escollos como sectores desclasados utilizados por la burguesía como rompehuelgas, etc.). El partido se organizaba paralelamente a la organización de la clase misma, inicialmente en sindicatos y posteriormente, necesitado de derechos democráticos para expresar esa fuerza y pasar a la lucha política, en partido socialdemócrata. El texto está editado en inglés en www.marxist.org.

¹⁶ Así la ha llamado Artous en *Marx, L'Etat et la politique*, París, Syllepse, 1999.

¹⁷ Lenin, *¿Qué hacer?*, op. cit., p. 197.

Si bien para Marx, por sus condiciones de existencia la clase obrera es la más homogénea de las clases, esto no significa que no existan en ella diferenciaciones de intereses, si no desde el punto de vista histórico, sí las hay coyunturales producto de diferencias históricas y culturales, amén de las divisiones sectoriales fomentadas y usadas hasta el hartazgo por la burguesía. Una de las tareas del partido revolucionario es justamente buscar “unir” en primer lugar a la misma clase obrera, que la burguesía divide en distintos sectores, para que a su vez ésta pueda ser hegemónica respecto al resto de las clases oprimidas en su lucha contra el capital¹⁸. Pero Lenin además ve que las masas no sólo son derrotadas en una especie de “batalla decisiva”. Muchas veces son desviadas previamente utilizando estas discontinuidades o cooptadas en sus capas dirigentes. Aún dentro de ciertos límites regionales, las luchas a todo o nada (el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución) no son de todos los días sino que suponen batallas previas que llevaron a distintas relaciones de fuerzas establecidas y a distintas estrategias probadas y preparadas previamente¹⁹.

Ello demostraría pocos años después de escrito *¿Qué hacer?* el partido modelo alemán, mandando a la carnicería imperialista a la clase que representaba, y asesinando a sus dirigentes de izquierda, Luxemburgo y Liebknecht, además de haber tenido el “honor” de dejar sentadas las bases para el reformismo más craso y la confianza en el mecanismo esencial de “representación” burguesa, el parlamentarismo. ¿Cómo se explica este desarrollo? ¿Deberíamos recurrir a lo que estos autores criticaban, la apelación a la mala fe de los dirigentes? Las causas no deben buscarse en el apego a determinadas formas organizativas sino en las situaciones históricas concretas, en la dinámica de los distintos sectores de las clases enraizados en reestructuraciones sociales y políticas. Desarrollando las discusiones que dentro del marxismo se venían haciendo, Lenin más tarde explicará que estas causas son, esquemáticamente, el surgimiento del imperialismo y la posibilidad de las burguesías en los países centrales de otorgar ciertas prebendas a los sectores más altos de sus propias clases obreras que le sirvieran de colchón amortiguador, con el consiguiente pasaje de los dirigentes históricos más importantes al reformismo, no ya como “inmadurez” desorganizada, sino como política de la burguesía dentro del movimiento obrero²⁰.

¹⁸ La primera revolución rusa, de 1905, fracasó justamente por estas disparidades con que los distintos sectores salieron a la lucha, iniciándose en la clase obrera de las ciudades más importantes, y recién cuando estos sectores fueran desgastados, cobrando impulso en el campo.

¹⁹ Trotsky lo resumiría así: “El proletariado representa una poderosa unidad social que se despliega plena y definitivamente en períodos de lucha revolucionaria aguda en pro de los objetivos de la clase en su totalidad. Pero en el interior de esta unidad se observa una diversidad extraordinaria [...] Cada capa, cada corporación, cada grupo se compone, después de todo, de seres vivos, de edad y temperamentos diferentes cada uno de ellos con un pasado distinto. Si esta diversidad no existiera, el trabajo del partido comunista en lo referente a la unificación y educación del proletariado, sería sumamente sencillo. Sin embargo, ¡cuán difícil es ese trabajo, como vemos en Europa occidental! Se puede decir que mientras más rica es la historia de un país y, por consiguiente, la historia de su clase obrera, mientras más educación, tradición y capacidades ha adquirido, más contiene antiguos grupos y más difícil resulta constituirlos en unidad revolucionaria” (*El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana*, Córdoba, Pasado y Presente, 1971, p.171). Años después (para “asombrar” de los autonomistas, discutiendo contra Stalin y la idea de “partido único”) en *La revolución traicionada*, diría: “las clases son heterogéneas, desgarradas por antagonismos interiores, y sólo llegan a sus fines comunes por la lucha de las tendencias, de los grupos y de los partidos” (Bs. As., Crux, s/f de edición, p. 235).

²⁰ Ya para cuando Lenin escribiera su folleto, la armónica visión dada por Kautsky convivía con tendencias colonialistas (con las que terminaron identificándose en la Guerra Mundial los dirigentes principales de la socialdemocracia), y un aparato partidario burocratizado, dividido en sectores dedicados

La política, en este sentido, no puede reducirse a la simple relación burguesía-proletariado o al bloque de “aquellos que defienden la emancipación humana”²¹ como un todo versus el capital y su Estado como un todo, según pretenden los autonomistas. Lenin comprendió que el siglo XX no hacía más que exacerbar estas condiciones, y puso en primer plano, junto con la lucha económica y teórica, la lucha política que incluía la lucha dentro del propio movimiento obrero entre las distintas estrategias propuestas. Esta innovación aparece resumida en un texto posterior, “Un paso adelante, dos pasos atrás”:

“Somos un partido de clase, razón por lo cual, *casi toda la clase* (y en tiempos de guerra, en los períodos de guerra civil, absolutamente toda la clase) debe actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe adherir a nuestro Partido con la mayor cohesión posible; pero sería incurrir en manilovismo y en ‘seguidismo’ pensar que toda la clase o casi toda la clase pueda nunca, bajo el capitalismo, elevarse hasta el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata sensato duda de que, bajo el capitalismo, ni siquiera las organizaciones sindicales (que son más elementales y más asequibles al grado de conciencia de las capas no desarrolladas) no pueden abarcar a toda la clase obrera, o casi toda. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y el conjunto de las masas que gravita hacia él, olvidar el deber constante del destacamento de vanguardia de *eleva*r a grupos cada vez más amplios a su propio nivel de vanguardia, sólo significa engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas”²².

Fue a lo largo de convulsivas circunstancias y duras peleas políticas dentro de la socialdemocracia rusa pero también contra las políticas de la II^o Internacional dirigida por la socialdemocracia alemana que Lenin forjó lo que hoy podemos llamar “leninismo”. Los autonomistas actuales tergiversan la historia de este desarrollo proponiéndonos una dudosa “vuelta a Marx”²³, y evitan así tener que dar cuenta y aportar una alternativa que

al trabajo sindical y una pequeña *elite* dedicada a la “política” tal y como la entendían: la pugna electoral. La insistencia de Rosa contra Lenin en la discusión sobre *¿Qué hacer?* en la espontaneidad tiene que ver con que ella entreveía mejor, en su cercanía, estas tendencias. Por ello puede considerarse que si el blanco inmediato es Lenin, la discusión de fondo es contra la propia socialdemocracia alemana. A Lenin, por su lado, la guerra ruso-japonesa (extendida desde septiembre de 1904 hasta 1905), preludio de la Primer Guerra Mundial, le serviría de escuela para identificar y combatir el oportunismo surgido dentro de las organizaciones del movimiento obrero que luego le permitirían encarar una lucha despiadada contra la política proimperialista de la II^o Internacional.

²¹ Bonefeld y Tischler, “Prólogo” a *A 100 años...*, op. cit., p. 18.

²² Lenin, *Obras Completas*, Tomo VII, Bs. As., Cartago, 1969, p. 288. Subrayados del autor. El término manilovismo está construido sobre Manilov, personaje de Gogol caracterizado por sus proyectos soñadores pero vacíos y sentimentales.

²³ Trotsky, discutiendo con impugnadores del bolchevismo que ya por 1937 esgrimían argumentos similares, decía: “[vuelta] A cual marxismo? Antes de caer en ‘bancarrota’ bajo la forma del bolchevismo, el marxismo ya había degenerado en socialdemocracia. ¿Significa, entonces, que ‘de vuelta al marxismo’ es un salto por encima de las internacionales Segunda y Tercera... a la Primera Internacional? Pero también ésta se derrumbó en su momento. Por lo tanto, en última instancia, se trata de volver... a las obras completas de Marx y Engels. Cualquiera puede realizar este salto mortal sin abandonar su gabinete, sin siquiera quitarse las pantuflas. Pero, ¿cómo hemos de pasar de nuestros clásicos (Marx murió en 1883, Engels en 1895) a las tareas de nuestro tiempo, saltando varias décadas de luchas teóricas y políticas, incluido el bolchevismo y la Revolución de Octubre? Ninguno de los que propone renunciar al bolchevismo como tendencia histórica ‘en bancarrota’ ha señalado otro camino. Por consiguiente, el problema se reduce a estudiar *El capital*.

pueda enfrentar los nuevos problemas que el movimiento obrero debió y debe aún afrontar para lograr sus objetivos: el enfrentamiento con el Estado burgués y la promoción de estrategias reformistas con que busca preservarse cuando se siente amenazado²⁴. Es que, como veremos, lo que los autonomistas están buscando es una base teórica para un no tan nuevo reformismo. Todo lo que va en contra éste es lo que encuentran deplorable en Lenin, y en esto sí tienen razón: Lenin no tiene nada que hacer entre reformistas.

LA CONCIENCIA SOCIALISTA

Para los autonomistas, la intervención de los “tribunos del pueblo” en los distintos movimientos que salen a la lucha significa una forma de pedantería cuyo objetivo es imponerle fórmulas preconcebidas en la “probeta” del partido, fórmulas que no surgen del movimiento mismo y que por tanto resultan estériles o en el peor de los casos, llevan a abortarlos en discusiones que no les conciernen o de las que están aún alejados. Para el ideal autonomista, los participantes de todo movimiento deberían elaborar su programa y sustentarlo con lo que en el movimiento mismo “surja”. En la mayoría de los casos, tal posición implica un ataque a los partidos de izquierda, que deberían abstenerse de convencer de sus ideas allí donde participan. Pero en todos los casos significa condenar a cada movimiento a empezar desde cero cada vez que se lanza a la lucha y no “asustarlo” con temas que aún no ha “alcanzado”. Algo similar a lo planteado por los economicistas de los tiempos de *¿Qué hacer?* Veamos.

Existía por aquellos años una variante rusa del revisionismo alemán, los llamados “economicistas”, algunos de los cuales no apoyaban directamente las tesis revisionistas de la socialdemocracia alemana pero tomaban muchos de sus elementos. Es contra el empalme con las ideas bernsteinianas que Lenin reacciona y decide insistir en la pelea política con esta tendencia. El texto que había anunciado las posiciones economicistas es el *Credo*, escrito en 1899 por Kuskova, donde se trataban los “cambios” que debía realizar el partido ruso para ampliar su influencia entre las masas:

“El marxismo intolerante, el marxismo negador, el marxismo primitivo (que utiliza una concepción demasiado esquemática sobre la división de la sociedad en clases) cederá su puesto al marxismo democrático, y la situación social del Partido dentro de la sociedad moderna tendrá que cambiar profundamente. [...] Sus tareas estrechamente corporativistas, en la mayoría de los casos sectarias, serán ampliadas hasta convertirse en tareas sociales, y su afán de conquistar el poder se transformará en el afán de modificar, de reformar la sociedad moderna en un

Por nuestra parte no hay objeción. Pero también los bolcheviques estudiaron *El capital*, y no con los ojos cerrados. Lo cual no impidió la degeneración del estado soviético y la realización de los procesos de Moscú. Entonces, ¿qué hacer?” (“Stalinismo y bolchevismo”, *Escritos 1929-1940*, edición digital del CEIP León Trotsky). Además dudosa porque, aunque no podemos desarrollarlo aquí, sus citas extrapoladas no dan cuenta del legado de Marx. Los conocidos pasajes de que la “liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” remiten a considerar que la clase conquista su partido como un todo, desarrollada como tesis opuesta a las concepciones iluministas y socialistas utópicas. Pero en la obra política de Marx coexiste un discurso que otorga prioridad a la mayor precisión en el programa para dotar de bases científicas al socialismo, como en el balance de la revolución de 1848 o de la Comuna de París.

²⁴Negri se acerca aún más a cierto bernsteinismo, que en su tendencia evolucionista-economicista consideraba que el capitalismo ha superado o superará por el mero desarrollo del enfrentamiento capital-trabajo sus propias contradicciones (con el imperialismo, diría Bernstein, con la globalización dirá Negri), en lo que resulta un embellecimiento de las posibilidades del capitalismo mismo.

sentido democrático, adaptado al actual estado de cosas [...] Las divagaciones acerca de un partido político obrero independiente no son sino el producto del trasplante a nuestro propio terreno de tareas ajenas y resultados ajenos [...] Los marxistas rusos tienen una sola salida: participar, es decir, ayudar a la lucha económica del proletariado y participar en la actividad liberal opositorista”²⁵.

Con planteos similares, la tarea que los economicistas desprendían, para hacerse “más atractivos” a los trabajadores, era luchar junto a los trabajadores en el terreno económico cotidiano de enfrentamiento a los patrones, dando resultados “palpables” para que el trabajador “medio”, “despreocupado” por disquisiciones teóricas o problemas políticos más generales, no quede al margen del movimiento. No todas las variantes economicistas que Lenin trata desdeñaban la lucha política, pero sí tenían en común, según demostrará, evitar aquellas políticas que pretendían ir más allá de los márgenes aceptados por el sistema capitalista, es decir, cualquier lucha que se planteara como revolucionaria, enfrentada al Estado que garantiza esos márgenes. Es contra ellos que Lenin dirige su polémica en *¿Qué hacer?* en un intento de organizar en las condiciones del zarismo a los socialdemócratas rusos dispersos y en la ilegalidad²⁶. Lenin señalará en el “Prólogo a la recopilación *12 años*” que el economicismo encajaba con el oportunismo de los “marxistas legales” rusos (corriente de intelectuales más bien liberales que frente al zarismo coquetearon con el marxismo por un período) y eran su contraparte al evitar las reivindicaciones políticas y el consiguiente enfrentamiento al Zar, presentando la actividad de los socialdemócratas como un asunto laboral entre trabajadores y burgueses en la fábrica y dejando la cuestión del Estado para el liberalismo ruso: “la lucha económica, para los obreros, la lucha política, para los liberales”²⁷. Cualquier similitud con los autonomistas, que por todos los medios buscan evitar el enfrentamiento con el Estado, no es mera coincidencia.

Frente a ello, la idea de “tribuno del pueblo” leninista buscaba que los revolucionarios pudieran establecer un puente entre las luchas cotidianas y la comprensión del conjunto de las relaciones sociales capitalistas que eran su causa profunda y que llevaban a la necesidad de la lucha revolucionaria contra la autocracia zarista y las “alternativas” no menos explotadoras de la burguesía rusa²⁸. De allí que en la concepción de Lenin, la relación entre la “lucha económica” (entendida como la pelea por el mejoramiento de sus condiciones de explotación) y política (entendida como pelea por abolir el conjunto de las condiciones sociales y políticas que la mantienen como clase esclava), no sea inmediata ni esté garantizada.

Al contrario de lo que plantean los autonomistas, Lenin dirige uno de los mayores ataques a que los economicistas demostraban profunda desconfianza a la capacidad de los trabajadores de comprender y llevar a cabo la lucha política,

²⁵ Citado en Woods, *Bolchevismo, el camino a la revolución*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003.

²⁶ Sólo uno de los autores de *A 100 años...* toma este contexto. Para el resto, las terribles condiciones bajo el zarismo sólo cuentan para indicar que no había otra posibilidad para Lenin que una variante iluminista al tener que ocupar el lugar que una verdadera burguesía nativa no podía llenar. En esto siguen el etapismo menchevique que, basado en este argumento, coquetearía con los liberales rusos y acusaría a la revolución obrera de aberración histórica.

²⁷ Lenin, “Prólogo a la recopilación *12 años*”, *Obras Completas*, Tomo XIII, Bs. As., Cartago, 1960, p. 106.

²⁸ Lenin, *¿Qué hacer?*, op. cit., p. 188. El mismo objetivo estaba ya adelantado en “¿Por donde empezar?” (*Obras Completas*, Tomo V, Bs. As., Cartago, 1969).

buscando contentarlos con publicaciones que trataran sólo las condiciones cotidianas de las fábricas (cosa que Lenin no eliminaba sino que incluso conseguía en mayor cantidad en sus publicaciones), es decir, en ofrecerles un “mascatrapo” de lo que ellos ya sabían en vez de buscar generalizar esas experiencias y conectarlas con lo que ocurría en otras regiones y países, sacar sus relaciones con la política del Estado y sus distintos representantes, así como discutir las políticas de los distintos grupos socialdemócratas y de conjunto, propagandizar las ideas marxistas, que no debían quedar reducidas a algunos pocos miembros de la *intelligentsia* revolucionaria.

Hay aquí otra “innovación” respecto al modelo de Kautsky. Éste argumenta que no es el propio desarrollo del capitalismo el que conforma, a modo de reacción, una conciencia socialista (como el previo socialismo utópico que desde su rechazo ideaba modelos de sociedades más justas). El socialismo moderno, dirá, parte y se basa en el conocimiento científico del funcionamiento de la sociedad capitalista y de las posibilidades reales de forjar de ello una sociedad distinta. Esa base científica no ha surgido automáticamente de la lucha de clases, ni de ella puede ser portadora, dirá Kautsky, la clase obrera en forma espontánea, sino los intelectuales burgueses, y será por ello introducida desde fuera dentro del proletariado.

Lenin toma esta definición de Kautsky pero no sin cambios. En su discusión con los economicistas, no está tratando en un primer nivel de discusión tanto el problema del desarrollo y adquisición de la “ciencia” socialista (los fundamentos teóricos del marxismo, que sin duda será central y supondrá otro nivel de problemas que retomaremos), sino de la capacidad de los obreros de elevarse de la lucha económica contra su patrón a la lucha política contra el Estado burgués, dado que tal relación no es sino opacada por la ideología burguesa con sus inmensamente superiores medios (no sólo ideológicos sino también políticos e institucionales, como son sus propios partidos y agentes dentro del proletariado, incluso el sistema democrático burgués, que la Rusia de aquellos años no contemplaba pero sí otros países), y apoyada en la brutalidad de las condiciones de vida de la clase, explotada durante horas todos los días. Tal influencia es sin duda contradictoria con la experiencia y por tanto no absoluta, pero sin duda funciona ampliamente en los períodos de estabilidad burguesa (mientras las ideas revolucionarias son minoritarias) y aún persisten en momentos de crisis, ya que la tradición, educación de años y las correas de transmisión de la burguesía en el movimiento obrero no cambian de un día para el otro²⁹. Es por tanto sólo en discusión con ella que puede aspirarse a que se hagan carne las ideas socialistas y en consecuencia, otro terreno de batalla: “La clase obrera tiende de modo espontáneo hacia el socialismo, pero la ideología burguesa, la más difundida [...] se impone, no obstante, espontáneamente más que nada al obrero”³⁰. La reivindicación de la “espontaneidad” en los momentos no revolucionarios quiere decir, en todo caso, dejar el terreno libre a la influencia de la burguesía³¹. Buscar que los obreros superen el mero tradeunionismo y avancen en su “conciencia socialista” será tarea de los “tribunos del pueblo” socialdemócratas (independientemente de su origen social). Para ello sin duda cobraba relevancia central el estudio y desarrollo de la teoría revolucionaria y la importancia

²⁹ De ser absoluta caeríamos en una visión al modo de los aparatos ideológicos de Althusser, donde todos somos “sujetados” sin escapatoria al lugar que nos asigna el modo de producción capitalista y supondría, por otro lado, una visión de la conciencia de las masas como una especie de “tábula rasa” que se disputan burgueses y revolucionarios prescindiendo de su propia experiencia.

³⁰ Lenin, *¿Qué hacer?*, op. cit., p. 139.

³¹ Ya había discutido esta influencia en 1901 en *Iskra*, ver “Conversación con los defensores del economicismo”, *Obras Completas*, Tomo V, Bs. As., Cartago, 1969.

de la intelectualidad marxista en la construcción partidaria, pero no entendida como supremacía dada a un determinado sector, la intelectualidad burguesa o pequeñoburguesa (aunque sin duda se reconocía que de ella provenían quienes dieron sus primeros fundamentos en las condiciones de la sociedad burguesa). Por ello Lenin agrega contra los economicistas que en la elaboración de la conciencia socialista participan los obreros, como en su momento fueron los Weitling o los Proudhon, cuando logran aprehender y desarrollar los conocimientos de su tiempo como “teóricos socialistas”, pero que, dadas sus condiciones sociales, se requiere de una política para que los obreros lo “logren con mayor frecuencia”:

“es necesario que los obreros no se encierren en el marco artificialmente restringido de la ‘literatura para obreros’, sino que aprendan a asimilar más y más la literatura general. Incluso sería más justo decir ‘que no sean encerrados’, pues los obreros leen y también quieren leer cuanto se escribe para los intelectuales, y únicamente ciertos intelectuales (de ínfima categoría) creen que ‘para los obreros’ basta con relatar el orden de cosas que rige en las fábricas y rumiarse lo que ya se conoce desde hace mucho tiempo”³².

¿*Qué hacer?* no buscaba darle mayor relevancia a la *intelligentsia* burguesa o pequeñoburguesa (descripción de lo que efectivamente sucedía), sino de forjar una *intelligentsia* revolucionaria al servicio de los intereses de la clase obrera. El lector podrá preguntarse: ¿y dónde están los Bebel, los Weitling y los Proudhon de los autonomistas? Al parecer, no han logrado ingresar a ninguna de las universidades donde tan amables docentes como Bonefeld o Tischler tienen cátedras. Tampoco pueden éstos “ir desde afuera” en su calidad de intelectuales al movimiento obrero, porque conllevaría el tan denostado sustitucionismo... ¿y entonces, qué hacer? Para Lenin, no se trataba de “iluminar” la conciencia de los obreros, sino de que la conciencia socialista pueda hacerse fuerza material en el partido para la acción colectiva de la clase. La respuesta autonomista una vez más al parecer es: “Por las dudas, dejemos todo como está”.

LAS MASAS ENSEÑAN

Volvamos al caballito de batalla de estos autores: la autoemancipación de la clase y la supuesta lucha del leninismo contra su “espontaneidad”.

Como ¿*Qué hacer?* no pretendía ser un dogma a seguir, fue modificado en el terreno de la lucha de clases justamente en este aspecto. Cualquiera de los estudios mínimamente serios sobre las ideas leninistas de organización sabe que la idea de la conciencia socialista proveniente “desde fuera”, en el sentido de las posibilidades de las masas de avanzar de la lucha económica a la lucha política, no permaneció inalterada para Lenin. Efectivamente, con la revolución de 1905 en Rusia se abrió un nuevo terreno en el que contrastar las ideas marxistas. Los soviets, nacidos en esa revolución, no fueron idea de ningún partido sino “invención” de las masas, demostrando para Lenin que éstas podían elevarse en determinadas circunstancias mucho más allá de la lucha económica dando de sí instituciones que podrían ser la base de un gobierno provisional:

“debemos considerar al soviets de diputados obreros como embrión del *gobierno provisional revolucionario*. [...] Lo que falta ahora es unificar todas las fuerzas realmente revolucionarias, que actúan ya de modo revolucionario. Falta el centro político común

³² Lenin, ¿*Qué hacer?*, op. cit., p. 137.

para toda Rusia, dinámico, ágil, fuerte por su hondo arraigo en el pueblo, que goce de la confianza absoluta de las masas, que posea una fogosa energía revolucionaria, íntimamente relacionado con los partidos revolucionarios y socialistas organizados. Ese centro sólo puede crearlo el proletariado revolucionario que llevó a cabo de manera admirable una huelga política, que organiza ahora la insurrección armada de todo el pueblo, que conquistó a medias la libertad para Rusia y que conquistará la libertad completa. ¿Por qué el soviét de diputados obreros no puede ser el embrión de ese centro?”³³.

Los soviets serán más adelante considerados la base de la propia dictadura del proletariado que sólo había tenido sus primeros esbozos en la Comuna de París, esto es, una “forma” de democracia no formal, basada en la igualdad jurídica del voto universal, sino basada en delegados de los distintos sectores sociales, y donde actuaban y probaban sus ideas los partidos de las clases oprimidas.

Su surgimiento provocó no pocas discusiones dentro de la fracción bolchevique del partido ruso donde Lenin se vio en minoría, una vez más contra la versión stalinizada que los autonomistas adoptan como propia según la cual el partido era el mero brazo ejecutor de las ideas de Lenin. La revolución había despertado a toda una nueva capa de luchadores obreros que al calor de la lucha se acercaban a la socialdemocracia, pero que encontraban en los “hombres de los comités” (los militantes que habían pasado por el período de pequeños círculos, habían construido el partido y dirigían las distintas regionales partidarias) todo tipo de trabas para ser integrados al partido y más aun, a sus organismos de dirección. Fue Lenin quien batalló en este período contra el conservadurismo de estos dirigentes y exigió la apertura del partido a estos nuevos sectores nacidos a la vida política, en particular, a los obreros: “Ahora la iniciativa de los propios obreros se manifestará en una proporción que nosotros, los conspiradores y ‘miembros de pequeños círculos’ de ayer ni siquiera hubiéramos podido imaginar”. Y agrega “En el III Congreso del partido expresé el deseo de que en los comités del partido hubiese aproximadamente ocho obreros por cada dos intelectuales. ¡Cómo envejeció esa sugerencia! Hoy sería de desear que en las nuevas organizaciones del partido, por cada miembro proveniente de la intelectualidad socialdemócrata, hubiera varios centenares de obreros socialdemócratas”³⁴. En tales circunstancias, fueron los hombres de los comités los que argumentaron para defender su conservadurismo con... ¡el folleto de Lenin de 1902! Este tuvo entonces que

³³ Lenin, “Nuestras tareas y el soviét de diputados obreros”, *Obras Completas*, Tomo X, op. cit. Trotsky en el mismo sentido diría: “El soviét organizaba a las masas obreras, dirigía las huelgas y manifestaciones, armaba a los obreros y protegía a la población contra los pogromos. Sin embargo, hubo otras organizaciones revolucionarias que hicieron lo mismo antes [...] y nunca tuvieron la misma importancia. El secreto de esta importancia radica en que esta asamblea surgió orgánicamente del proletariado durante una lucha directa [...] Si los proletarios, por su parte, y la prensa reaccionaria por la suya dieron al soviét el título de ‘gobierno proletario’ fue porque, de hecho, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario” (“Conclusiones de 1905” en *La teoría de la revolución permanente (compilación)*, Bs. As., CEIP León Trotsky, 2000, p.40.

³⁴ Lenin, “Sobre la reorganización del partido”, *Obras completas*, Tomo X, Bs. As., Cartago, 1969, p. 30. En esta afirmación también se observa que para Lenin la apelación a la incorporación de los nuevos sectores obreros no era un giro de una visión que daba primacía a la intelectualidad pequeñoburguesa a una de tinte obrerista, donde los fundamentos socialistas, a los que las nuevas capas se acercaban pero sin duda no manejaban aun, perdieran importancia. Su planteo apunta a una redistribución de los cuadros forjados en las luchas previas y en los fundamentos marxistas (no necesariamente provenientes de la pequeñoburguesía o de la clase obrera, sino los “teóricos marxistas” buscados en ¿*Qué hacer?*), para las nuevas tareas.

dedicarse a explicar (discusiones por cierto que ninguno de los autonomistas menciona) sus propias ideas, señalando que no se trataba de una receta a seguir³⁵.

Tampoco ello significaba una negación de *¿Qué hacer?* sino una superación. La conclusión sacada por Lenin y el enriquecimiento de sus ideas a partir de la revolución se aprecia en la siguiente discusión con los hombres de los comités:

“Podría considerarse un peligro el hecho de que de pronto ingresara al partido una gran cantidad de elementos no socialdemócratas. Entonces el partido se diluiría en la masa y dejaría de ser el destacamento de vanguardia, de la clase obrera [... Pero] Tenemos un programa firmemente instituido y oficialmente aceptado por todos los socialdemócratas y cuyas tesis cardinales no han suscitado ninguna crítica de fondo (la crítica de algunos puntos y formulaciones es algo legítimo y necesario en todo partido activo). [...] Tenemos también cierta experiencia organizativa y una real organización que ha desempeñado un papel educativo y dado innegables frutos. [...] La clase obrera es instintiva y espontáneamente socialdemócrata, y la labor de la socialdemocracia durante más de una década contribuyó, en no poca medida por cierto, a transformar esa espontaneidad en conciencia. ¡No imaginen horrores inexistentes, camaradas! [...] La clandestinidad se desmorona. ¡Adelante, pues, con audacia! tomen las nuevas armas, distribúyanlas a la nueva gente, ensanchen sus bases de apoyo hasta abarcar a todos los obreros socialdemócratas, incorpórenlos a las filas de las organizaciones del partido. Que sus delegados lleven nueva vida a las filas de nuestros organismos centrales, que penetre a través de ellos el fresco hálito de la joven Rusia revolucionaria”³⁶.

En resumen, por lo sembrado anteriormente Lenin considera que puede cosechar ahora lo mejor de las nuevas capas nacidas a la lucha. A la luz de las lecciones sacadas de estos procesos, la referencia en *¿Qué hacer?* a la influencia de la ideología burguesa es importante no sólo porque incluye nuevos elementos en consideración, sino para pensar la dinámica que adquieren estas definiciones en los distintos momentos de la lucha de clases. Podemos resumirla en los siguientes términos: en tiempos de paz, dada la mayoritaria influencia de la burguesía en el conjunto de la sociedad y dentro del movimiento obrero, las ideas socialistas (cuyo fundamento científico es el marxismo) son introducidas “desde fuera” en el sentido de no ser entrevistas inmediatamente a través de la propia experiencia, mediatizada y oscurecida por esa influencia. En momentos de crisis revolucionarias, cuando “los de abajo no quieren seguir viviendo como viven” y los de arriba “no pueden seguir dirigiendo como dirigen”, tal influencia se rompe, mostrando brechas más o menos amplias por las que los trabajadores puestos en marcha pueden comenzar a ver más claramente sus propias condiciones sociales y las luchas políticas que se les plantean. En este sentido es que en esos momentos, como suele decirse, “la realidad educa más que mil programas” y en tiempos cualitativamente más rápidos, y en ese sentido podemos decir, elementos de la conciencia socialista puede surgir “de la lucha de clases” tomando, contrastando y discutiendo lo que en otros momentos parecían a las masas consignas lejanas o ajenas de los “tribunos del pueblo”. En momentos de paz, las tendencias espontáneas de las masas no superan el tradeunionismo y por eso el partido no debe adaptarse a ellas; en situaciones revolucionarias, en cambio, estas tendencias van más allá, por lo que el partido debe empujarlas y generalizarlas. Una conclusión sacada por Lenin

³⁵ Ver sobre todo “Prólogo a la recopilación *12 años*” de 1907, op. cit.

³⁶ Lenin, “Sobre la reorganización del partido”, op. cit., pp. 25/26.

de 1905 fue que las masas aprendieron en las barricadas, en pocos días, lo que hubiera llevado años de propaganda de los revolucionarios, base que permitía preparar la insurrección, para la cual es imprescindible una dirección revolucionaria reconocida por las masas y probada en la lucha de clases. Por todo ello los esquemas simples, desde “afuera” o “inmanentemente”, no sirven para dar cuenta de la rica dinámica que concretiza la lucha de clases.

Si, como hace Bonefeld, se aceptan estos “problemas” para la constitución de la conciencia de clase pero se niega esta solución, ¿debemos suponer que la clase obrera debe ir a su enfrentamiento con el capital a ciegas? La festejada confianza en las masas de los autonomistas no hace en realidad más que desubjetivizarlas. Se apela al crecimiento del socialismo en la lucha de clases como natural, pero lo que nunca aparece en estas visiones es la clase como agente, sujeto forjando su conciencia en sus distintas peleas políticas contra la burguesía y en sus peleas de estrategias dentro de la propia clase, eligiendo entre las distintas opciones que de su condición surgen y organizando su propia alternativa independiente (su propio estado mayor para enfrentar al del capital y su propio Estado una vez destruido el Estado burgués). Bajo el argumento de no dividir lo social y lo político, esto último desaparece dejando a la clase obrera condenada a no traspasar los límites de su espontaneidad. Para Lenin, en cambio, lo “espontáneo es la forma embrionaria de lo conciente”: su lucha no era contra la espontaneidad en sí misma (¿qué sentido tendría pelear con la realidad?) sino contra aquellas estrategias que en su seguidismo nunca permitirían su desarrollo en conciencia socialista.

En sus implicancias políticas, ciertos planteos autonomistas resultan bastante parecidos a una “nueva” variante de economicismo: pueden darse ciertas batallas políticas, mientras que sean batallas dentro de los marcos del sistema capitalista y de ninguna manera metiéndose con el Estado. En resumen, deberíamos reducirnos al “programa mínimo”³⁷. El “afuera” al que temen es una política que no se contenta con estos marcos, es decir, una política revolucionaria y no reformista. No es de extrañar que para un reformista sea innecesaria la construcción de un partido revolucionario, pero quizá hubiera sido más simple empezar honestamente por allí.

“SIN TEORIA REVOLUCIONARIA NO HAY PARTIDO REVOLUCIONARIO”

Un eje central de *¿Qué hacer?* y elemento de crítica contra los economicistas es la importancia dada a la teoría revolucionaria, que éstos despreciaban o degradaban. Si seguimos a los viejos economicistas y a los nuevos autonomistas, si sólo surge de las luchas la conciencia de clase, y toda apelación a una *intelligentsia* revolucionaria comete pecado de “iluminismo”, debemos suponer que en el terreno de la teoría, la única posibilidad de quedar absuelto es o bien un reducto para profesores universitarios que citen al dedillo a Marx pero con dudosa modestia eviten transmitirla a otros, o bien que la teoría “siga” a los hechos, es decir, sea una variante más del pragmatismo. Trotsky, discutiendo la lectura del leninismo que Stalin realizara en *Problemas del leninismo* lo critica por aplicar un razonamiento similar. Según Stalin, Marx había desarrollado las bases fundamentales

³⁷ Respecto a la constitución de la conciencia de clase Trotsky aportará más tarde otra importante definición, que superara la idea de “programa mínimo” y “programa máximo” de la socialdemocracia, la idea de un programa transicional que tendía un puente entre la subjetividad de las masas (“sus reivindicaciones actuales”) y las tareas históricas que le correspondían (“el programa socialista de la revolución”). Trotsky, *El Programa de transición para la revolución socialista*, La Paz, Crux, s/f, p. 33.

del marxismo en un siglo relativamente “relajado” de la lucha de clases mientras que Lenin había llegado a “escena” en un siglo convulsivo, concluyendo entonces que “el leninismo es la primacía de la práctica sobre la teoría”. Además de la opaca visión de Stalin sobre la historia del siglo XIX y de los desarrollos teóricos de Lenin, tal razonamiento significaba el más craso pragmatismo teórico que se busca disfrazar de marxista apelando a una vaga categoría de “práctica” donde la teoría quedaría en segundo plano³⁸. Pero la teoría nunca es el seguimiento de los “hechos” aunque encuentre en ellos su última prueba, sino el puente entre los hechos pasados, de los que busca sacar lecciones y generalizaciones que les permitan actuar en los hechos futuros. Goethe escribió algo que a Marx y Lenin gustaba citar “gris es la teoría y verde el árbol de la vida”, contra aquellos que buscaban amoldar la realidad a esquemas preestablecidos. Pero Lenin insistió en que “sin teoría revolucionaria no hay partido revolucionario” contra aquellos que querían reducir el marxismo a un mero pragmatismo. Las tareas teóricas y la importancia de desarrollar una *intelligentsia* marxista revolucionaria son entonces centrales. A ello una vez más nos referimos los marxistas cuando hablamos del partido como fusión entre la *intelligentsia* marxista y la vanguardia del movimiento obrero: no se trata de dejar un lugar siempre disponible para los intelectuales, sino de forjar las herramientas sin las cuales los objetivos buscados no podrán lograrse.

Pero el desdén de los autonomistas a la *intelligentsia* revolucionaria supone otro problema: el del estatuto del marxismo respecto a la clase obrera. Es cierto que en buena medida los planteos iniciales del marxismo y de sus más importantes desarrollos, teóricos y programáticos, han sido desplegados por sectores intelectuales provenientes de la burguesía y pequeñoburguesía, y seguirá siendo así si no se dan a los obreros el tiempo y el incentivo necesarios para esta tarea (por ello Lenin aspira a formar dirigentes obreros que sean verdaderos “teóricos socialistas”).

Pero más allá de esta tarea, este problema real en las condiciones de explotación capitalista, ¿significaría que el marxismo es externo a la clase y que los obreros, en su gran mayoría, sólo se dedican a “aplicar” lo que otros elaboraron? En primer lugar, si estos problemas no existieran porque todos pudieran tener el tiempo y sus necesidades satisfechas para ello, no estaríamos discutiendo los problemas de la revolución porque ella no sería necesaria. En segundo lugar, como señaló Lenin, los explotados han hecho aportes a la teoría, pero también es cierto que una gran parte de los fundamentos marxistas fueron realizados por intelectuales provenientes de la burguesía o pequeñoburguesía, como los mismos Marx y Engels. Sin embargo, ¿puede considerarse que tales desarrollos hubieran sido posibles sin las acciones de la clase? ¿Podría Marx haber elaborado cualquiera de sus conceptos sin basarse en la vida y lucha de esa clase que desde las revoluciones burguesas fue “cavando como topo” la sociedad burguesa, sin su participación en la revolución del '48 para la cual escribiera el *Manifiesto*, sin su contacto con el cartismo inglés? Es desde este punto de vista que el marxismo no puede considerarse externo a la clase en su desarrollo histórico, aunque lo sea para cada uno de sus individuos considerados aisladamente. La clase obrera, a lo largo de sus desafíos al Capital, ha logrado en más de una oportunidad histórica ganarse para su causa a un sector de la intelectualidad burguesa o pequeñoburguesa y ella ha aportado con fundamentos programáticos y teóricos a su lucha. Una vez más, las definiciones estáticas apenas constatan algunos hechos (quién puso por escrito tal o cual idea) pero no pueden dar cuenta de su riqueza histórica y posibilidades abiertas.

³⁸Trotsky, “Las tendencias filosóficas del burocratismo”, *Escritos filosóficos*, Bs. As., CEIP, 2004, p. 160.

DOGMA CONTRA DOGMA

Dijimos que para quienes ignoran el Estado burgués, el Estado obrero es una reificación simétrica a la de la burguesía, que rápidamente concluye identificándose con un partido único.³⁹ Ya mencionamos algunas de las lecciones más importantes sacadas de la revolución de 1905 respecto a la construcción partidaria en la visión de Lenin. Pero 1905 abriría también una importante discusión sobre las relaciones entre los soviets y el partido, que luego será central para la definición del futuro Estado obrero, que los autonomistas también, por supuesto, graciosamente se saltean (aun cuando, o precisamente porque, en algunos casos pretenden reivindicar los soviets como forma de autodeterminación opuesta a la “representación” y los partidos). Éstos estaban compuestos de delegados elegidos en distintos organismos de base, es decir, también basados en una forma de “representación”, demostrando una vez más que lo social y lo político, la representación y la autodeterminación, la más amplia democracia⁴⁰ y los partidos, no pueden agruparse en compartimentos estancos donde unos son el lado negativo y otros el positivo. La misma contraposición aunque en sentido inverso habían propuesto sectores de la fracción bolchevique, pretendiendo en un primer momento subordinar los soviets al partido, viéndolos como un organizador que competiría con éste. Contra ellos Lenin desde el exilio señalaría lo erróneo de esa contraposición, defendiendo la necesidad tanto del soviets como del partido. Según su definición, los soviets constituían la forma más amplia del frente único de masas y reunían al conjunto de las “fuerzas realmente revolucionarias”, y el partido debería pelear en ellos por dirigirlos hacia una política revolucionaria y batallar contra las políticas conciliadoras⁴¹. Más adelante considerará en este sentido que la dictadura del proletariado debería funcionar entonces basándose en la organización en soviets de la clase, dirigidos por el partido revolucionario, no sustituidos por él. Si los autonomistas pretenden evitar todo tipo de sustitucionismo, bien podrían empezar por no sustituir las citas de Lenin o Trotsky por las de Stalin cuando quieran hablar de la tradición marxista revolucionaria.

Fue Lenin quien en *El Estado y la revolución* dejara sentado un “modelo” de Estado para la etapa transicional, basado en lo mejor de la tradición iniciada en la Comuna de París, en camino a la disolución del mismo⁴². Fue Lenin quien antes de morir, en su

³⁹ Trotsky, en el texto de 1937 ya citado, resume los errores de impugnaciones similares: “La falla en este razonamiento radica en la tácita identificación del bolchevismo, la Revolución de Octubre y la Unión Soviética. Se remplace al proceso histórico del choque de fuerzas hostiles por la evolución del bolchevismo en el vacío. Sin embargo, el bolchevismo es sólo una tendencia política, estrechamente fusionada con la clase obrera, mas no idéntica a la misma. Y en la Unión Soviética, aparte de la clase obrera, existen cien millones de campesinos, varias nacionalidades y una herencia de opresión, miseria e ignorancia. El Estado construido por los bolcheviques refleja no sólo el pensamiento y la voluntad del bolchevismo, sino también el nivel cultural del país, la composición social de la población, la presión de un pasado bárbaro y un imperialismo mundial no menos bárbaro. Presentar el proceso de degeneración del estado soviético como la evolución de un bolchevismo puro, es ignorar la realidad social en nombre de uno solo de sus elementos, aislado mediante un acto de lógica pura”.

⁴⁰ Los mecanismos democráticos de los soviets rusos son sin duda de los más amplios conocidos hasta el momento, demostrando que la democracia obrera, siendo aún una forma de la dictadura de una clase, es mucho más generosa que la que la burguesía pueda y ha podido dar.

⁴¹ Lenin, “Nuestras tareas y el soviets de diputados obreros”, op. cit. Luego de la degeneración stalinista surgirían corrientes donde se repetiría esta contraposición pero a favor de los soviets, las llamadas corrientes consejistas, y posteriormente, los autonomistas de los '70, ya mencionados.

⁴² Fue en la constitución de 1936 que el stalinismo codificó al Estado proletario como sinónimo de partido único. En su artículo 126 dice: “Los ciudadanos más concientes y activos

“Testamento” (que desde luego Stalin no dejó publicar), advirtiera sobre el papel que estaba jugando Stalin y que llevaría al burocratismo. Y no fue Lenin sino Stalin quien redujera los soviets a mero decorado para las decisiones que a partir de ese momento emanarían del Partido Comunista establecido como partido único⁴³, e incluso es más correcto no decir del partido, con el cual entabló una guerra interna sin cuartel, sino de su Secretario General. Podrían citarse innumerables textos de Trotsky contra este proceso de stalinización, pelea que terminó costándole la vida. Pero citaremos la conclusión que en 1927 saca un adversario, Tomsy, miembro de la oposición “de derecha” que Stalin atacará después de haber eliminado a la “de izquierda” con la ayuda del mismo Tomsy: “Bajo la dictadura del proletariado pueden existir dos, tres e incluso cuatro partidos pero a condición de que uno de ellos se encuentre en el poder y los demás en la cárcel”⁴⁴. Contra ello fue Trotsky quien, condensando la práctica del partido bolchevique bajo Lenin y la experiencia soviética de esos años, una vez más “innovó” sintetizando en el “pluripartidismo soviético” el régimen a establecer para la dictadura del proletariado, tomando en cuenta que, a pesar de ser bajo el capitalismo la clase más homogénea, presenta una heterogeneidad de consecuencias no poco importantes en el terreno político: “Si Lenin fue quien introdujo la primera ‘ruptura’ con respecto a una visión de identidad entre partido y clase que predominaba en la socialdemocracia clásica, será Trotsky quien en su madurez política termine de establecer la relación dialéctica entre los distintos sectores de la clase obrera, los organismos de frente único de masas, el rol dirigente del partido revolucionario, antes y después de la toma del poder, y el régimen de pluripartidismo soviético como forma política de la dictadura del proletariado”⁴⁵.

Podemos ya aquí sacar una serie de lecciones importantes en cuanto a las definiciones de partido leninista: se trata de un partido que se prepara para la revolución y no para ayudar a la burguesía a contener a las masas con pequeñas reformas (política de la burguesía en el interior del movimiento obrero con las que peleará palmo a palmo), que utiliza cada uno de los escenarios tanto “económicos” como “políticos” como “escuela de guerra” revolucionaria; que se piensa sólo como parte del movimiento revolucionario real aunque sabe que organizará no al conjunto de la clase sino a su sector de vanguardia; que aspira a estar fuertemente anclado en la clase obrera y en la teoría marxista; y cuyas formas organizativas no son receta sino que se adecuan a los nuevos problemas y posibilidades que plantea la lucha de clases. Este proceso, que los marxistas llamamos la “fusión” de la *intelligentsia* marxista y la vanguardia del movimiento obrero real, no se da de un día para

de la clase obrera y de los otros sectores productivos se unen en el partido comunista de la URSS, vanguardia de los trabajadores en su lucha por el robustecimiento y desarrollo del régimen socialista y representante del núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores sociales o estatales” (citado en Broué, *El partido bolchevique*, www.elortiba.org).

⁴³ El basamento de Stalin, además de la tergiversación del leninismo (que los autonomistas reproducen demostrando que han aceptado cien por ciento la codificación stalinista que tanto critican), estaba justificado en que en la URSS se había completado en un 95% la construcción del socialismo y que por tanto las clases estaban desapareciendo, dando una noción de la clase homogénea, diluyendo su heterogeneidad interna y las diferencias con las otras clases, homogeneidad que llevaba a la idea de que sea un “partido único” el que las representara. Cualquier otra opción solo podía enmarcarse entonces no en diferencias políticas dentro de la clase sino a posiciones “contrarrevolucionarias”. Tal fue el argumento para erradicar una a una las oposiciones que fueron surgiendo.

⁴⁴ Citado en Broué, op. cit.

⁴⁵ Albamonte y Cinatti, op. cit., pp. 256/257.

el otro. La compleja historia del partido bolchevique puede entenderse sólo alrededor de estos elementos: el forjamiento de la herramienta que en los momentos convulsivos de la lucha de clases pueda dirigir hacia sus objetivos revolucionarios a las masas⁴⁶.

Pero evidentemente, en la lectura de las variantes autonomistas está pesando más que la historia del partido bolchevique, otra “sombra”, la del stalinismo. En buena medida es cierto que Stalin utilizó la idea de la conciencia “desde fuera” para justificar el aparato propio y someter a las masas a sus designios (lo que no fue cuestión de “aplicar una lógica” sino años de “guerra” al interior del partido, demostrando que las bases del partido bolchevique y de la Internacional fundada por Lenin no iban necesariamente en este sentido). Los autonomistas argüirán, entonces, dado que no es la historia su especialidad, con un dogma contra otro: el fetichismo de la “representación”. Lo que habría permitido a Stalin emprender este camino, cuya semilla está en el *¿Qué hacer?* y a lo cual reducen todo el leninismo, sería la noción de “centralismo democrático”⁴⁷ (reduciendo, como ya dijimos, buena parte de la historia del siglo XX, las complejas discusiones sobre la revolución y la riqueza teórica y política del leninismo, a una medida organizativa). Pero la historia misma de este concepto y del propio partido bolchevique desdice una vez más a los autonomistas. El centralismo democrático, en primera medida, no era original de Lenin sino del conjunto de la socialdemocracia internacional, incluso aceptada por el ala menchevique del partido hasta que frente a posteriores divisiones y a su declinante influencia frente a los bolcheviques comenzaron a atacar a Lenin por su supuesto “salvaje centralismo”. Fue Lenin sin embargo quien en las discusiones de 1905, conquistadas en este período con la revolución ciertas condiciones de legalidad para el partido, propuso a la socialdemocracia rusa por primera vez comenzar a aplicar la democracia interna de la que disfrutaba el partido alemán⁴⁸. Hasta ese momento, las

⁴⁶Tampoco es un mero vanguardismo. El partido revolucionario trata de desarrollar lo más avanzado que da la vanguardia en cada lucha y plasmarlo en lecciones que puedan extenderse al conjunto de la clase. Pero también significa saber retroceder con las masas cuando es necesario. El manejo de esa dinámica es lo que Lenin llamaba “el arte de la insurrección”. Un ejemplo de ello son las llamadas jornadas de julio del 1917, cuando la reacción preparaba su contragolpe. Los bolcheviques consideraron que no estaban las masas preparadas para tomar el poder y que ciertas acciones propuestas por un sector de la vanguardia obrera podían “salirse” de la relación de fuerzas y resultar perjudiciales para su lucha. La consigna para ese período fue la de “explicar pacientemente” a las masas la situación y perspectivas que se abrían, no por ello dejando de estar al frente de esas acciones una vez decididas.

⁴⁷Sobre este punto versaban las críticas de Luxemburgo, y también de Trotsky por aquellos años, pero no como fantoche al que pueden reducirse las posiciones leninistas sino porque implicaban toda una serie de discusiones estratégicas para la revolución. Las discusiones de Rosa apuntaban más a su pelea dentro de la propia socialdemocracia alemana y las tendencias burocráticas que ya mostraba. Su apelación al espontaneísmo se basaba en una confianza en que la acción de las masas pudieran superar el conservadurismo de sus direcciones. Lenin no desechaba esta posibilidad y de hecho a ella apeló tanto en las discusiones de 1905 como en 1917 cuando recién llegado del exilio planteó sus “Tesis de abril” contra la mayoría del partido. Sólo que Lenin no consideraba que las masas lograran sortear ese conservadurismo o menos aún, una estrategia reformista adoptada por sus dirigentes, siempre a tiempo o con éxito, aún en los momentos revolucionarios (y en menor medida aun en momentos no revolucionarios, donde cobraba suma importancia la delimitación política, aquello que para sus críticos representarían momentos de “sectarismo” en Lenin). Lamentablemente la historia demostraría en la misma Luxemburgo la necesidad de esta lucha política y la construcción de un partido claramente revolucionario cuando las masas alemanas no lograron evitar que sus dirigentes aplicaran su política reformista conduciéndolos al desastre y eliminando con ella su ala izquierda.

⁴⁸Lenin, “Sobre la reorganización del partido”, de noviembre de 1905, op. cit., p. 24.

apelaciones a la democracia interna versus la centralización olvidaban las condiciones rusas, donde el funcionamiento basado en la elección desde la base hacia la dirección no existía por el constante recambio que se producía como consecuencia de las deficiencias y la imposibilidad, por seguridad, de absoluta publicidad de sus actos.

La historia del partido bolchevique demuestra que la centralización no evitó ni buscaba evitar la más amplia democracia para la discusión interna, y mucho menos que fuera para Lenin un mecanismo para imponer su voluntad en sus peleas políticas. Como ejemplificamos a lo largo de esta nota, en varias de esas peleas Lenin quedó en importantes circunstancias en casi absoluta minoría dentro de su propio partido y de su dirección, y no fue sino a través de duras discusiones o experiencias hechas que logró convencer al partido de sus posiciones. Aún más, la historia del partido forjado por Lenin es la de un partido con múltiples fracciones, divisiones y reunificaciones entre distintas alas. No fue sino hasta 1918, con la guerra civil y la amenaza blanca permanente, que Lenin aceptó medidas excepcionales como la prohibición de algunos partidos soviéticos, y posteriormente, en 1921, de las fracciones internas. Stalin, al generalizar y perpetuar esas medidas excepcionales convirtiéndolas en el “dogma leninista”, estaba no llevando a cabo sino tirando por la borda las lecciones leninistas y la historia misma del partido.

Los dichos autonomistas tratan al centralismo democrático defendido por los leninistas por fuera de sus condiciones históricas pero también por fuera de su contenido. Los dos polos de la fórmula, que adquieren distinto peso según las circunstancias políticas, tienen sentido en tanto se trata de un partido que se prepara para la revolución: ¿cómo se supone se toman las decisiones en una organización tal? Sin duda, para quienes como los autonomistas evitan discutir la revolución, toda forma de organización resultará “opresiva” dado que supone acciones comunes donde no siempre habrá acuerdo absoluto. Pero cuando se trata de llevar a cabo una política revolucionaria, que deberá enfrentarse con un Estado burgués organizado y armado, la falta de una opción tal para los miembros de ese partido crea nuevos “peligros”: cuando el modelo que se opone es el de debate permanente que no concluye en la toma de ninguna decisión y curso de acción, lo que se propone es una serie de discusiones en las que nadie se siente comprometido con lo elegido; cuando lo que no hay es este reconocimiento y amplia discusión de las posibles diferencias y mecanismos para encauzarlas, lo que hay es dirección “de hecho” de uno o más caudillos. ¿Será por ello que los autonomistas oscilan entre la (mal hecha) disquisición bibliográfica sin compromisos y el apoyo cada vez que pueden a figuras que van desde el poeta “insurgente” Marcos hasta los jefes de Estado Chávez o Kirchner?

FANATISMOS

Para los autonomistas, el “iluminismo” del partido hacia las masas se reflejaba también interiormente al partido. Se figuran a los militantes revolucionarios bolcheviques como especies de robots fanatizados sin personalidad siguiendo a un dirigente iluminado como un ídolo religioso al que se le debe tener obediencia ciega. El centralismo democrático no habría sido más que el mecanismo de esta nueva religión. En esto tampoco son originales. No es la primera vez que algunos intelectuales ven en la definición de “militante profesional” de Lenin un compromiso de por vida que los distraería de sus respetables ocupaciones y como excusa esgrimen que hacer tal cosa sería “ceder su personalidad y capacidad de crítica” en pos de “lo colectivo”.

En cuanto al primer argumento referente al militante profesional, podemos decir que entendieron bien a Lenin, pero ello no es para asustarse. El marxismo no condena otras ocupaciones: sólo aclara que el oficio revolucionario es de tiempo completo. De

hecho, ha sido durante los años '90 realmente una práctica contra la corriente que, a diferencia de otros momentos históricos, pocos les reclamarían. En cuanto al segundo argumento alrededor de la "pérdida de personalidad", más bien parece una caricatura anclada en los denodados elogios posmodernos a la "individualidad" como valor en sí mismo (no para garantizar a cada individuo condiciones de vida "según sus necesidades" sino como ideología individualista) y se parece sospechosamente a aquella propaganda burguesa según la cual las ideas bolcheviques significarían la uniformización de las opiniones, los deseos y los gustos. Frente a ello, nada había mejor que el liberalismo occidental donde el mercado uniforma a todos pero haciéndonos creer que somos únicos, para que cada uno pueda ser explotado "en su total personalidad". No debería ser necesario aclarar que para el marxismo lo colectivo no quiere decir uniformización sino al contrario, posibilidad de afirmación de la personalidad de cada uno según sus capacidades y necesidades. Pero para los autonomistas, que no son fanáticos pero sí fieles *fans* del cine hollywoodense de la guerra fría, sí parece serlo.

Si en Lenin había un fanatismo, no era por el partido sino por la revolución. Sólo que para llevarla al triunfo, éste le parecía imprescindible:

"En su lucha por el poder, el proletariado no dispone de más armas que su organización. Dividido por el imperio de la anárquica competencia en el mundo burgués, aplastado por el trabajo obligado al servicio del capital, empujado constantemente 'al abismo' de la miseria más completa, del embrutecimiento y la degeneración, el proletariado sólo puede llegar a ser y será inevitablemente una fuerza invencible si, unido en el plano ideológico por los principios del marxismo, ve fortalecida esa unidad por la unidad material de la organización, que fusione a millones de trabajadores en un ejército de la clase obrera. Ese ejército no podrá ser contenido ni por el decrepito poder de la autocracia rusa ni por el poder caduco del capital internacional. Ese ejército unirá cada vez más estrechamente sus filas, pese a todos los zigzags y retrocesos, pese a las frases oportunistas de los girondinos de la socialdemocracia actual, pese al fatuo ensalzamiento del retrógado espíritu de círculo, pese a todos los oropes y a la alharaca del anarquismo *intelectual*⁴⁹.

¿Qué significado tenía para Lenin el centralismo democrático en cuanto a las relaciones internas al partido? Un resumen encontramos en "Carta a un camarada", de 1902, donde dice: "Todo el arte de la organización conspirativa debe consistir en saber utilizar *a todos y todo*, en 'dar trabajo a todos', y al mismo tiempo mantener la dirección de todo el movimiento, no por la fuerza del poder, se entiende, sino por la autoridad, la energía, por la mayor experiencia, variedad de conocimiento y talento"⁵⁰.

Lenin mantuvo esta perspectiva no sólo en los primeros pasos del partido bolchevique sino posteriormente a la toma del poder cuando este se había convertido en una fuerza política ineludible⁵¹. Nada hay en esto parecido al "culto de la personalidad" stalinista.

Trotsky, diferenciando el partido bolchevique del fantoche stalinista, tuvo que discutir ya con intelectuales que señalaban en los militantes bolcheviques "esa extraña amoralidad comunista que no toma nada en cuenta, sino su partido y su poder":

⁴⁹ Lenin, "Un paso adelante, dos pasos atrás", op. cit. Subrayado de Lenin.

⁵⁰ Lenin, "Carta a un camarada" en *Obras Completas*, Tomo V, Bs. As., Cartago, 1969. Subrayado de Lenin.

⁵¹ Puede al respecto oírse la novena Tesis sobre el tema del Tercer Congreso de la Internacional Comunista, de 1921, donde se incorpora un párrafo casi calcado ("Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas", *Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Bs. As., Pluma, 1973).

“El stalinismo sólo se disfraza con el culto del partido; en realidad, destruye y pisotea en el cieno el partido mismo. Es verdad, sin embargo, que para el bolchevique el partido lo es todo. Esta actitud del revolucionario para la revolución asombra y choca al socialista de salón, que es sólo un burgués provisto de un ‘ideal’ socialista. A ojos de Norman Thomas y de sus semejantes, el partido es un instrumento momentáneo para combinaciones electorales y demás, y sólo eso. Su vida privada, sus intereses, sus relaciones, sus criterios de moral están fuera del partido. Considera con un asombro hostil al bolchevique, para quien el partido es el instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad, inclusive de la moral de ésta. En el marxista revolucionario no puede existir contradicción entre la moral personal y los intereses del partido, ya que el partido engloba, para la conciencia de aquél, las tareas y fines más elevados de la humanidad”⁵².

El marxismo revolucionario ha tratado de abarcar los problemas que supone la revolución, superarlos y sacar en todo caso, de las derrotas que sin duda habrá, las lecciones que permitan no empezar de cero cada vez. No se conforma con expresar su disgusto. Sabe que la tarea que se le impone a las masas, terminar con la explotación del hombre por el hombre, no es fácil. No los tiene todos previstos en una receta a aplicar, pero sí ha dejado lecciones de los heroicos intentos que la clase obrera ha hecho en el conjunto de su historia. Lenin y Trotsky han sin duda contribuido y enriquecido esta tradición, entre otros aspectos, en su pelea por la construcción de un partido revolucionario de la clase obrera. Pero fue justamente por estas y otras herejías que el stalinismo tuvo que tergiversar las lecciones del leninismo en la historia del partido y de sus dirigentes, en sus políticas y aún en el relato de los acontecimientos.

La solución autonomista nos propone en cambio dejar atrás los dogmas. Las dificultades que encontraron las generaciones revolucionarias anteriores, que las habrían llevado al “mal camino” y que hasta ahora no lograron acabar con la dominación del capital, pueden saldarse, ¡cómo no lo notamos antes!, con un acto de voluntad: “El capital existe porque lo creamos. Lo creamos ayer (y todos los días a lo largo de los últimos doscientos años más o menos). Si no lo creamos mañana, dejará de existir”⁵³. Si no lo veo, no existe.

Pero los autonomistas, no vaya a creer lector, son sólo jóvenes románticos idealistas con un precario manejo de la historia y un poco apabullados por las citas. Los acercamientos del autonomismo y su proyecto reformista actual al reformismo clásico con que se enfrentó Lenin, nos traen sin embargo una importante “novedad”: la negativa a la necesidad de toda representación que, como insisten hasta el cansancio, es una forma más de opresión y de separación entre “lo social” y “lo político”, entendido esto último como forma de intermediación innecesaria y perjudicial. Al negarse como objetivo el tirar abajo el Estado burgués, sus magras perspectivas ofrecidas, sin embargo, no van un ápice más allá. La alternativa autonomista, al parecer, es ejercer la misma “presión” que los reformistas sobre el Estado “realmente existente”, pero sin intermediarios molestos. Por supuesto, cuando se les pregunta concretamente, tienen en sus representantes más osados novedades políticas para ofrecernos. Para ser realista en Europa, puede por ejemplo hacer como Negri y apoyar la Constitución europea. Si está

⁵² Trotsky, “Su moral y la nuestra” en *Escritos filosóficos*, op. cit., p. 106.

⁵³ Holloway, “Conduce tu carro y tu arado sobre los huesos de los muertos”, www.herramienta.com.ar. La sinceridad de Holloway es innegable sobre todo cuando comienza este artículo enunciando su programa: “Escupe la historia”.

usted en Latinoamérica, puede darse una vuelta por el Foro Social Mundial donde se organizan las nuevas e indeterminadas “multitudes” amablemente recibidas por Chávez. O puede como el autonomista MTD Solano argentino dedicarse a administrar los planes sociales del Estado sin tener que recurrir a un “puntero político” cualquiera (¡Hágalo ud., mismo!)⁵⁴. O aún mejor, puede como Giuseppe Cocco, escritor con Negri de un nuevo ensayo sobre la situación latinoamericana, opinar:

“Ya en 1972, Gilles Deleuze criticaba la separación maniquea entre reforma y revolución y decía que si una reforma es pedida por aquellos a quienes afecta, es en realidad un acto revolucionario que, no obstante su característica parcial, pone en cuestión la totalidad del poder y su jerarquía. En este sentido pienso que lo que sucede en la Argentina con Kirchner sobre la cuestión de los derechos humanos es revolucionario. Esto nos lleva a un segundo nivel de reflexión: cuando se habla de ‘nuevos’ gobiernos latinoamericanos, nos referimos a aquellos que son productos de movimientos constituyentes y no de un proyecto político estructurado o de un partido de vanguardia que se arroga la representación. Podemos definir a los gobiernos de Lula, Kirchner, Chávez y Morales como verdaderamente ‘nuevos’ ya que el momento electoral y representativo de sus gobiernos está completamente sobredeterminado por el proceso de constitución democrática”⁵⁵.

¿Qué la “novedad” que le ofrecen, cree usted, tiene un tufillo a viejos dogmas reformistas apenas actualizados? Es que en cuanto a discusiones políticas, así como cuando nos venden chucherías expuestas en las vidrieras con publicidades anunciando “lo nuevo, lo último”, lo más aconsejable sería entrar a preguntar de qué está hecho y para qué sirve. ¿Acaso el PJ le parece un poco ajado para ser novedad? ¿Acaso creía usted que el sistema electoral burgués era por antonomasia el aparato de representación dedicado a oprimir a quienes dice representar? ¿Cree que los “nuevos” gobiernos latinoamericanos hablan de reformas (porque hasta ahora no ha visto ninguna) porque se vieron amenazados y sostiene que aun así, eso está lejos de lo que imagina como una sociedad socialista? Lector, usted es un poco dogmático y desconfiado. Pero si no quiere aún jugarse por ninguna de estas “novedades” pero sí mantener altas las expectativas de que presionando al capitalismo, para que no se exceda en su desarrollo natural y para conseguir aquí y allá alguna reforma hasta un día despertar en una sociedad distinta, puede mezclar eclécticamente las proposiciones de una u otra corriente reformista de antaño, acomodar a su esquema la historia como le plazca (la exactitud histórica ciertamente son cosas de los viejos dogmas) y encontrar en Lenin un furibundo enemigo.

⁵⁴ Para una crítica de las teorizaciones y la práctica del autonomismo argentino autóctono, ver Matías Maiello, “La difusa frontera entre el autonomismo y el liberalismo”, *Lucha de Clases* N° 4, noviembre de 2004.

⁵⁵ “Los nuevos gobiernos no se entienden sin los movimientos sociales”, entrevista a Cocco, *Página12*, 20/03/06.